



Patología del vampirismo

Marcelino Cerejido y Fanny Blanck-Cerejido



LOS VAMPIROS TAMBIÉN HAN ATRAÍDO la atención de investigadores biomédicos. A manera de ejemplo incluimos el relato que nos hizo en su visita a México el doctor Robert Katz, por entonces director del Institute of Kidney, Arthritis and *Inherited Metabolic Diseases* (más abajo se advertirá la razón de poner en cursivas esta parte del nombre), que es una rama de los National Institutes of Health de los Estados Unidos (equivalente a nuestra Secretaría de Salud). Para completar, agreguemos que Katz, actualmente ciudadano estadounidense, es oriundo de la antigua Transilvania. A continuación ofrecemos un resumen de su descripción.

El color rojo de la sangre se debe a que la molécula de hemoglobina de los eritrocitos contiene un fragmento (porfirina) que reacciona a la luz emitiendo en el rojo. Cuando los eritrocitos envejecen y son destruidos por el sistema retículo-endotelial, las porfirinas prosiguen su metabolismo (bilirrubina, urobilina, estercobilina, etc.) y a medida que van cambiando su estructura química cambian su color, como cuando hacen virar a nuestros hematomas (acumulación de sangre extravasada por un golpe) del rojo al violáceo, al verde y al amarillo. El hígado elimina las porfirinas con la bilis, dando a esta sustancia su color típico. En caso de insuficiencia hepática se acumulan en la piel y le confieren el amarillo de la ictericia, y faltan en cambio en las materias fecales que adquieren entonces la palidez de la acolia.

En todas estas reacciones químicas intervienen enzimas sumamente específicas. Como vimos en el capítulo I, cada enzima está codificada por un gen, que puede contener errores y, si la falla no mata al individuo antes de que se reproduzca, pasa a la descendencia y causa alguna enfermedad metabólica hereditaria (de ahí las cursivas en *Inherited Metabolic Diseases*, el instituto que dirigía Katz) cuya gravedad depende de cuán dañada esté la enzima producida. El genoma guarda dos copias (dos alelos) de cada gen, uno heredado del padre y otro de la madre y, si sucede que ambos padres legan esos alelos defectuosos, el hijo padecerá la enfermedad. Las enfermedades debidas a errores en el metabolismo de las porfirinas se llaman porfirias. Ahora bien, las posibilidades de que alguien se case con una persona que tiene fallado justamente ese mismo gen y padezca porfiria es muy remota... a no ser que se trate de habitantes de una comunidad pequeña, confinada a vivir por siglos en un espacio pequeño... tal como sucede en los valles de Transilvania,¹ donde es muy común que ambos cónyuges desciendan de los mismos antepasados.

De entre los trastornos típicos de ciertas porfirias destacaremos tres. En primer lugar, el sujeto no procesa adecuadamente la porfirina de su hemoglobina: es anémico. En segundo, sus porfirinas mal metabolizadas se acumulan en la piel y, por ser tan sensibles a la luz, dan origen a lesiones actínicas graves, como una persona normal que se hubiera expuesto al sol exageradamente, o se hubiera quemado con una antorcha de acetileno. Por eso los enfermos graves visten habitualmente ropas negras, sombreros aludos y muy encajados, guantes, enormes anteojos oscuros, suben sus cuellos y solapas, y tienen absolutamente prohibido exponerse al sol, por lo que en lo posible tampoco circulan durante el día. Antiguamente llegaban a hacerlo envueltos por una capa negra. En tercer lugar, es común que las porfirinas tiñan los dientes del enfermo de color rojo parduzco.

Siguiendo con el relato, cuando un transilvánico se agravaba de su porfiria se recluía en su hogar, se ausentaba de la comunidad, dormía completamente cubierto por un manto negro, y cuando de pronto e in-



Fotografías: Alejandro Arteaga


¹ Los romanos adoraban a Silvano, dios de los bosques y, así como llamaban *trans-alpinos* a los que vivían más allá de los Alpes situados al norte de su Imperio, llamaban *trans-silvanos* a los que moraban más allá de los bosques.



frecuentemente un paisano, que acaso lo recordaba enfermo y lo suponía muerto,² se topaba con él en la noche cerrada, lo encontraba sumamente demacrado por la anemia y por la falta de exposición a la luz, y vestido de negro.

Como en toda fase terminal de una enfermedad incurable, los porfiricos se entregaban a ingerir las medicinas caseras más diversas y a prácticas descabelladas. Para restaurar su sangre recurrían a beber la de pollos y cabritos, pero la hemoglobina por vía oral, como cualquier otra proteína, era digerida y no causaba mejoría alguna. La falla llevaba a suponer que la sangre de animales no surte efecto en los seres humanos y entonces —continúa la narración— algunos desesperados se atrevían a atacar a personas dormidas, clavarles los dientes en las yugulares y carótidas, y chuparles la sangre.

Es común que las enzimas tengan inhibidores derivados de algún vegetal, que resultan ser increíblemente específicos y poderosos, al punto de bastar algunas moléculas flotando en el aire para desencadenar una crisis. Por ejemplo, la enzima Na^+/K^+ -ATPasa, presente en las membranas plasmáticas de todas nuestras células, es frenada por concentraciones irrisorias de la ouabaina proveniente de la planta *Strophanthus gratus*. Pues bien, la enzima defectuosa de los porfiricos transilvánicos es inhibible por una sustancia presente en el ajo. Cada vez que un porfirico come o simplemente huele ajo, su dañada enzima, que es desde luego ineficiente para transformar porfirinas, sufre un bajón adicional por la presencia del inhibidor, de modo que tienen aversión al ajo. Al tanto de esta circunstancia, sus paisanos tratan de ahuyentarlos colgando ristras de ajo en la entrada de sus casas, o durmiendo con collares de ajos para proteger su cuello.

Sólo faltaría averiguar por qué pierden el reflejo en los espejos y por qué hay que matarlos con una estaca.³ 

Agradecemos al Fondo de Cultura Económica la autorización para publicar este texto.

² “... las personas no vistas en mucho tiempo están muertas”, Elias Canetti; *Nachträge aus Hampstead*, Carl Hanser Verlag, 1994.

³ Tomado de *La muerte y sus ventajas*, Marcelino Cereijido y Fanny Blanck-Cereijido, FCE, 2011, pp. 152-155